

En la quietud de Su presencia

*Una invitación a fortalecer su vida
devocional con Dios*



Nancy Leigh DeMoss



La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *A Place of Quiet Rest* © 2000 por Nancy Leigh DeMoss y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *En la quietud de su presencia* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1226-5

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

*A mi amado Señor Jesús.
Eres "señalado entre diez mil"
y "todo... codiciable".*

*"Los compañeros escuchan tu voz;
házmela oír".*

Jesús, Tú, el Gozo de nuestro corazón,
Tú, Fuente de Vida, Luz de la humanidad;
nada en esta tierra podría darnos satisfacción,
solo Tú puedes nuestra vida llenar.

Oh, hemos comido de ti, Pan de Vida,
mas anhelamos volver a saciarnos de ti.
Oh, hemos bebido de ti, Manantial de Vida,
mas nuestra alma aún tiene sed de ti.

BERNARDO DE CLARAVAL

CONTENIDO

Prólogo	7
Reconocimientos	9
Unas palabras desde mi corazón	11

PARTE 1

La prioridad de la vida devocional
Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré.

Capítulo 1: Un día en la vida del Señor	19
Capítulo 2: Creadas para tener intimidad	32

PARTE 2

El propósito de la vida devocional
Te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca.

Capítulo 3: La vida interior	47
Capítulo 4: La manera de vivir	64

PARTE 3

El patrón de la vida devocional
Muy de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, Jesús se levantó.

Capítulo 5: Cómo empezar	87
--------------------------	----

PARTE 4

Los problemas de la vida devocional
Lo busqué, y no lo hallé.

Capítulo 6: "Lo difícil para mí es..."	107
--	-----

PARTE 5

La práctica de la vida devocional
Esperé yo a Jehová... En su palabra he esperado.

SECCIÓN 1: Cómo recibir su Palabra
María... sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra.

Capítulo 7: La maravilla de la Palabra	137
Capítulo 8: Nuestra vida en la Palabra: Un oído atento	156

Capítulo 9: La Palabra en nuestra vida:	
Una mente atenta	176

SECCIÓN 2: Cómo responder a su Palabra
María... ungió los pies de Jesús.

Capítulo 10: El perfume de la alabanza:	
Un corazón apasionado	203
Capítulo 11: El privilegio de la oración:	
Un clamor profundo	226

PARTE 6

El producto de la vida devocional
Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta.

Capítulo 12: Cultiva el jardín de tu corazón	247
Notas	263

Unas palabras del corazón de...

Elisabeth Elliot	30
Nancy Wilson	43
Sandy Smith	62
Mary Madeline Whittinghill	83
Vonette Bright	103
Barbara Rainey	130
Tina Norviel	154
Jeannie Elliff	174
Tex Tippit	198
Kay Arthur	223
Jeanne Seaborn	243
Joni Eareckson Tada	260

PRÓLOGO

Antes de comenzar...

Todas deseamos tener devoción por el Señor Jesús. En lo que se refiere a acercarnos a Dios, todos los cristianos queremos zambullirnos en la cascada de su gozo. Deseamos que nuestro corazón lata al mismo ritmo del latido de Dios. Si estamos tristes, queremos su sonrisa. Si estamos perdidos, queremos que Él nos rescate. “Señor, abrázame con tanta pasión que me enternezca y me una de tal manera a ti que jamás quiera separarme. Abre los cielos; ven, Señor Jesús, derriba la puerta de mi corazón y toma mi vida”.

Nuestro instinto cristiano va en búsqueda de esto. Lo difícil es lograrlo.

¿Cómo empezamos? ¿Abrimos la Biblia al azar y “dejamos que el Espíritu nos guíe”? ¿Estudiamos un tema? ¿Memorizamos un capítulo? ¿Nos rodeamos de comentarios y diccionarios bíblicos? (¡Al fin y al cabo, queremos hacerlo bien!). Un tiempo de meditación cuidadosamente estructurado con el Señor es bueno; pero una vida de creciente devoción por el Salvador es mejor —mucho mejor— que “tres pasos prácticos para conocer mejor a Dios”.

Las relaciones personales no funcionan de esta forma; y, sin lugar a dudas, tampoco funciona así la relación con Dios. Si queremos acercarnos más a alguien —a Dios o a cualquier otra persona—, la manera es estrechar nuestros corazones. Aprender a comunicarnos. Hallar gozo en el otro. Conocerlo a fondo. Una relación fuerte se entreteje al compartir un sinfín de experiencias, algunas de las cuales pueden ser casuales y espontáneas, mientras otras son estructuradas y bien definidas. Cosas como estas contribuyen a la intimidad.

Disciplinarnos en la constancia de pasar tiempo con alguien, incluso con Dios, puede regularse; pero no la intimidad propiamente dicha.

En la quietud de su presencia es una guía que te puede ayudar a lograr esta intimidad. Más que un libro que te enseña el “cómo”, Nancy Leigh DeMoss te brinda un excelente plan de acción: una guía que incluye pasajes bíblicos, himnos, testimonios, poemas, consejos y sabiduría para ayudarte a conocer a Dios y ser conocido por Él. *En la quietud de su presencia* es mucho más que un método mecanizado para cultivar tu vida devocional con el Señor Jesús; es una palabra suave, pero clara, que te llamará la atención en cada página; es una flecha que te indicará el camino correcto en cada capítulo. Este libro te ayudará a encontrar a Dios y dejar atrás cualquier rutina hasta llegar al lugar donde puedas abrazar al Salvador de manera natural, más aún, *sobrenatural*.

Y ¿qué sucederá cuando, a su vez, abras a Dios con semejante pasión que te enterezca y te una a Él? ¿Cómo cambiará tu vida después de seguir la guía que te ofrece *En la quietud de su presencia*? Como dijo una vez un hombre de Dios de la Antigüedad, tu gozo será ferviente, mas no frenético. Te sentirás más vigorosa, no más quisquillosa. Serás diligente para hacer las cosas, mas no impulsiva. Prudente, mas no egoísta. Resuelta y audaz, mas no irreflexiva. Te gozarás sin hacer mucha fanfarria. Tu alma tendrá tanta calma, que incluso los que te rodean sentirán la influencia de Dios en sus vidas.

Es así como se manifiesta en tu vida la devoción por Cristo.

¿Anhelas sentir devoción? Mejor dicho, ¿anhelas a Cristo? Tienes en tus manos una espléndida guía.

JONI EARECKSON TADA

RECONOCIMIENTOS

Mis amigos pueden decir que cuando estoy escribiendo un libro, a veces me escuchan gemir y decir: “¡Estoy de parto!”.

Aunque nunca he dado a luz un bebé de carne y hueso, he tenido, en dos ocasiones, el privilegio de dar ánimo a una amiga en medio del difícil, pero gratificante, proceso de dar a luz.

No sé de cuánta ayuda habré sido para ella. Pero sé que el lento proceso de “dar a luz” este libro ha sido considerablemente aliviado por el aliento y la ayuda de muchos amigos y colaboradores que han estado a mi lado.

Jim Bell y el equipo editorial de Moody Press: poco después que el Señor me exhortó a comenzar a escribir (a lo cual era reacia), ustedes se acercaron a mí y me instaron a escribir este libro. Estoy agradecida por el aliento que me dieron para que transmitiera este mensaje.

Carolyn Nystrom: eres una mentora maravillosa. He aprendido mucho de ti. Gracias por tu sincero aporte que hizo de este un libro mejor, y por tu espíritu afable que hizo que fuera un gusto trabajar contigo.

Mike, Becca, Monica, Sandra, Gayle y Stephen: ¡qué equipo de trabajo tan increíble! Ustedes han aliviado mi carga de muchas maneras; al orar, prestarme servicios y colaborar incansablemente para que pudiera concentrarme en esta tarea, sin muchas distracciones.

Al equipo de liderazgo de *Life Action Ministries*: ustedes hicieron posible este libro al eximirme de muchas de mis responsabilidades y hacerse cargo de ellas para que yo pudiera dedicarme a escribir. Por más de veinte años, hemos

trabajado juntos en la viña del Señor. Sus vidas han moldeado mi vida más de lo que se imaginan. ¡Me encanta servir a Dios junto a ustedes!

Mis queridos amigos de oración: cuánto me bendice poder contar con ustedes. No dejo de asombrarme por cómo están a mi lado y sostienen mis manos en medio de la batalla. No puedo imaginarme haberlo logrado sin la cobertura y protección de sus oraciones.

A cada uno de ustedes: tengo un profundo sentimiento de deuda y gratitud. Gracias por haber estado allí en el “trabajo de parto y alumbramiento”. Juntos hemos dado a luz este libro.

Ahora te lo entrego nuevamente a ti, Señor Jesús, y te pido que lo uses para bendecir a tu pueblo y para que dé fruto.

□ □ □ UNAS PALABRAS DESDE □ □ □ MI CORAZÓN

Este libro no ha sido escrito por una experta.

Antes bien, ha sido escrito por una mujer en proceso; una mujer en el peregrinaje de conocer a Dios.

Para mí, el peregrinaje comenzó meses antes de nacer, cuando mis padres me consagraron al Señor y se propusieron enseñarme (tanto a mí como a los seis hijos que llegarían después de mí) la Palabra y los caminos de Dios.

Así como el invernadero ha sido diseñado para cultivar plantas jóvenes y protegerlas de las influencias que podrían dañar sus tiernas raíces, el clima de nuestro hogar se controlaba escrupulosamente para minimizar las influencias que pudieran ser nocivas (por ejemplo, no teníamos televisión ni se compraba el diario en nuestra casa) y fomentar la enseñanza constante de la Palabra de Dios.

El Espíritu Santo usó el cuidado espiritual de aquellos primeros años para cultivar el terreno de mi corazón, de modo que fuera tierno y receptivo a su enseñanza y comprendiera mi necesidad de un Salvador. Mi primer recuerdo de esto se remonta a la tarde del 14 de mayo de 1963, cuando, a los cuatro años de edad, le entregué mi corazón a Cristo. Aunque en aquel entonces no me daba cuenta, ahora entiendo que en ese momento, Dios plantó dentro de mí una semilla: la semilla de la vida eterna. Y colocó dentro de mí una nueva vida: la vida de Jesús, su Hijo. Una vida que es eterna. Una vida sobrenatural.

Y aquel fue solo el comienzo. La intención de Dios, determinada en la eternidad pasada, era que aquella semilla fuera cuidadosamente cultivada, que echara raíces y diera fruto; y

que un día esa semilla produjera una mujer que fuera semejante a su amado Hijo y que, a su vez, se reprodujera en otros con la misma semejanza.

Hasta aquel día de 1963, conforme a la Palabra de Dios, yo estaba “muerta en mis delitos y pecados”; no tenía ninguna relación con el Dios del universo. Pero en ese momento, por medio del arrepentimiento y la fe en Jesucristo, recibí vida. Y con ese nuevo nacimiento llegó la evidencia de la vida.

No hace falta decir que un bebé recién nacido está vivo; respira, le late el corazón, tiene hambre y sed, crece, se comunica, llora. Del mismo modo, mi nacimiento espiritual estuvo acompañado de señales de una vida espiritual; la capacidad y el anhelo de conocer a Dios, y un corazón que late y clama por Él.

No tengo ningún mérito por lo que sucedió aquel día. En ese momento, no tenía idea de todo lo que Dios había hecho para atraer mi corazón y ayudarme a entrar en una relación eterna con Él. Poco entendía que Dios es el Amante supremo que desea tener intimidad con sus criaturas. Y sin duda tenía poca conciencia del increíble precio que había pagado para que yo pudiera vivir en unión y comunión con Él.

Todo lo que sabía era que lo necesitaba, que Él me quería, y que Jesús fue Aquel que hizo posible que tuviéramos esa relación.

Ahora, al mirar atrás, puedo ver que lo que sucedió aquel día fue el comienzo de una relación; el anhelo en mi corazón, que corresponde al anhelo del corazón de Dios, de conocerlo, caminar con Él, intimar con Él, disfrutar de la comunión con Él y pasar la vida juntos en una relación de amor eterno.

Al comienzo de mi vida cristiana, aprendí cuál era uno de los ingredientes esenciales para el desarrollo de una relación con Dios, al ver que mi padre comenzaba cada día con una práctica que él llamaba “devocional”.

Como hombre de negocios con escasa disponibilidad de tiempo, y activo en varias esferas del ministerio, mi padre no era de aquellos que desperdiciara el tiempo en frivolidades.

Sin embargo, de un modo u otro, en medio de una vida activa y ocupada, y con incesantes demandas de viajes y reuniones, había una constante en su vida; nunca comenzaba su jornada laboral sin primero haber pasado una hora o más a solas con el Señor.

En realidad, no recuerdo haber estado con él en esos momentos —aunque a menudo lo veía leer la Biblia—; pero de alguna manera todos sabíamos que ese tiempo en la Palabra y la oración era más importante para él que cualquier otra actividad del día. Ahora que no soy una niña, me doy cuenta de que esos momentos llegaron a ser una parte indispensable de su vida.

Durante sus años de adolescencia y juventud, en la búsqueda de nuevas sensaciones, mi padre se había vuelto adicto al juego y víctima de una vida desenfrenada. Iba de un establecimiento de juego al otro, destruyendo los valores que tal vez había tenido; algo que les causó gran dolor a sus padres. Él no estaba buscando a Dios —las Escrituras dicen que no hay ni aun uno que lo busque—, pero las “huestes celestiales” estaban tras él. Una noche, cuando tenía alrededor de veinticinco años, en medio del caos de su vida, escuchó la predicación del evangelio. Se convirtió y nunca volvió atrás.

En los comienzos de su vida cristiana, aceptó el reto de darle la primera parte de cada día a Dios para dedicarla a la lectura de la Palabra y la oración. Desde aquel día hasta que partió a la presencia del Señor, veintiocho años más tarde, *nunca pasó por alto ni un solo día* de su práctica devocional. Nada era más importante para él que cultivar su relación con el Señor, y creía firmemente que nada era más vital para mantener esa relación que un tiempo diario a solas con el Señor en la Palabra y la oración.

El devocional diario no era algo que mis padres nos forzaran a tener, pero la influencia del ejemplo y la práctica de la vida devocional por parte de mi padre fueron fundamentales. Aunque partió con el Señor en 1979, la imagen de un padre de rodillas ante el Señor (no sé cuántas almohadillas

gastaría a lo largo de los años) está grabada de manera indeleble en mi mente y mi corazón.

Quiero aclarar que el récord de mi práctica devocional dista mucho de alcanzar el récord de mi padre. Aunque he comenzado el día con esta práctica desde los primeros días de mi niñez, debo reconocer que es una disciplina que siempre me ha costado. Con todo lo que quiero, valoro y necesito estos momentos con el Señor, hasta el presente tengo que batallar para que sea una realidad constante en mi vida.

Tengo que batallar con mi carne, que le gusta dormir, se distrae fácilmente y no le gusta sentarse en silencio y quietud. Tengo que batallar con mi agenda y la interminable “lista de cosas para hacer”. Tengo que batallar con las interrupciones; muchas de las cuales yo misma ocasiono.

Muchas mañanas he permitido que la almohada, el teléfono o la pila de trabajo en la oficina salgan ganando, y termino pasando solo unos minutos de prisa con Dios. Y en ocasiones, ni siquiera he apartado tiempo para estar a solas con Él.

Sin embargo, con los años, he llegado a creer de todo corazón que es algo por lo que vale la pena batallar. He comprendido que una de las razones de semejante batalla es que el enemigo de mi alma sabe que si puede vencerme en este aspecto, al final podrá vencerme en cada uno de los demás aspectos de mi vida espiritual.

Satanás odia a Dios y trabaja incesantemente para convencer a los cristianos de que pueden funcionar por sí solos, independientes de su Creador. Si le permitimos ganar la batalla, él sabe que terminaremos derrotados, frustrados, estériles y seremos inútiles para Dios. Peor aún, terminaremos dudando de Él, sin la esperanza de su bondad, en la esclavitud de nuestra carne y resistiéndonos a su voluntad.

En los últimos años, he descubierto otra razón incluso más importante para no descuidar este tiempo a solas con el Señor. He llegado a entender que el “devocional” no es un deber de la vida cristiana, sino una increíble oportuni-

dad de conocer al Dios del universo, quien nos ha hecho la invitación de acercarnos a Él, de entrar al “lugar santísimo”, de participar en una íntima relación de amor con Él.

El “devocional” no es un *deber* para mí (aunque hay días que no es más que eso), sino un *deleite*; el maravilloso privilegio de participar de la dulce unión y comunión con el Esposo de mi alma.

Estoy convencida de que pocos asuntos provocan tales sentimientos de culpa, fracaso y frustración entre los creyentes como el “devocional diario”. Después de haber hablado con miles de mujeres de todos los Estados Unidos, y de haberlas escuchado, creo que la mayoría de las mujeres cristianas siente en su interior que debería ser más fiel y constante en su vida devocional.

De las mujeres que tienen alguna especie de vida devocional, muchas —tal vez una mayoría— toman este tiempo como si fuera un deber. Otras lo han intentado y han fracasado tantas veces que se sienten tentadas a rendirse; y algunas ya se han rendido. Incluso hay otras que ni siquiera han comenzado y no tienen idea de lo que se están perdiendo.

Luego, están aquellas mujeres cuyas vidas manifiestan el fruto dulce y delicioso de encontrarse con Dios perseverantemente. Me he sentido atraída a varias de estas mujeres a lo largo de los años. La fragancia de sus vidas ha profundizado mi anhelo de conocer a Dios. (En los diferentes capítulos de este libro, cada una de estas mujeres dará testimonio de su propia experiencia de la vida devocional diaria).

No importa cómo te encuentres, si eres una hija de Dios, tendrás un vacío en tu interior que no puede saciarse con nada menos que una íntima comunión con tu Creador, Redentor y Padre celestial. Y hasta que lo veas cara a cara, nunca dejarás de tener hambre y sed de más de Él. Doy fe de ese profundo anhelo que siente mi alma.

Jesús dijo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Jn. 7:37). Este es un libro para almas sedientas. Es una invitación a acercarnos a Jesús, Fuente de toda Vida —no es otro

programa, otra cosa para agregar a nuestra “lista de cosas para hacer”, ni otro requisito—. Acércate a Él y bebe. Bebe todo lo que puedas; sigue bebiendo; deja que Él sacie tu sed; y luego observa cómo fluyen de tu interior ríos de agua viva que saciarán la sed de aquellos que te rodean.

NANCY LEIGH DEMOSS

PARTE UNO



La prioridad de la vida devocional

Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré.

SALMO 27:4

Cuanto más pienso y oro por el estado de la religión en este país y en todo el mundo, más convencido estoy de que el mal estado de la vida espiritual de los cristianos se debe al hecho de no reconocer que la finalidad y el objetivo de la conversión es llevar a las almas, incluso aquí en la tierra, a una comunión diaria con el Padre celestial.

Una vez que acepte esta verdad, el creyente percibirá lo indispensable que es para la vida espiritual de un cristiano dedicar un tiempo cada día a la lectura de la Palabra de Dios, y a esperar en oración la manifestación de la presencia y el amor del Padre.

ANDREW MURRAY

CAPÍTULO I

Un día en la vida del Señor

*H*ace un tiempo, les pedí a las mujeres que habían asistido a una conferencia de fin de semana que escribieran en una tarjeta de 7,5 x 12,5 cm por qué habían asistido y qué esperaban que Dios hiciera en sus vidas ese fin de semana.

“¿En qué condición han llegado a esta conferencia?”, les pregunté.

Más tarde, al leer las respuestas a mi pregunta, me asombré de la similitud de sus palabras. Estas son algunas de las respuestas que aquellas mujeres dieron:

“A veces me siento fuera de control con tantas presiones”.

“Tengo demasiado estrés y demasiadas responsabilidades”.

“En este momento, necesito que Dios me muestre cómo combatir el estrés”.

“Siento que me presionan por todos lados. Necesito que Dios me muestre cómo cumplir bien mis funciones de maestra, madre, esposa e hija, y seguir teniendo tiempo para la iglesia y para ‘mí’”.

“Necesito dejar de preocuparme por todo. Lo intento y sé que no debería preocuparme, pero cuando pienso en mis preocupaciones, ni siquiera puedo dormir, mucho menos soñar”.

“Hace veinticuatro meses que me he dedicado a servir a los demás y siento que necesito hacer un alto para que mi espíritu sea renovado; pero la vida es demasiado ajetreada”.

“Con un nuevo hijo, necesito encontrar la paz y el descanso en el Señor, tanto física como emocionalmente”.

“Muchas veces estoy tan ocupada que pasa el día, y me doy cuenta de que no hice las cosas que más me importaban”.

“Soy divorciada, y la verdad es que estoy cansada”.

“Mi casa es un caos, y necesito que mi espíritu sea renovado para enfrentar todo lo que me espera en las próximas semanas”.

“Necesito hacer un alto. Siento como si estuviera yendo a toda velocidad en una cinta de correr, y que si trato de saltar me voy a trastabillar y caer”.

“Necesito que me ayuden a superar mi estado de irritación y nerviosismo”.

“El trajín de la vida me ha robado el gozo”.

¿Te sientes identificada con algunas de estas expresiones? He descubierto que esta clase de respuestas es cada vez más común entre las mujeres que conozco. ¿Por qué vivimos una vida tan caótica y agobiante? ¿Es esta la clase de vida que Dios ha diseñado para nosotras? ¿Podemos en realidad saltar de esa cinta de correr sin lastimarnos (a nosotras mismas y a los demás) en el proceso?

*D*ías de mucho trajín

El primer capítulo del Evangelio de Marcos nos da una vislumbre de un día en la vida del Señor Jesús. En cierto sentido, ese día en particular se parece a muchos de los días que tú y yo atravesamos.

Leamos el relato en los versículos 21-22:

“Y entraron en Capernaum; y los días de reposo, entrando en la sinagoga, enseñaba. Y se admiraban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”.

Si alguna vez has dado una clase de escuela dominical, has liderado un grupo hogareño o has enseñado estudios bíblicos, sabes que hay mucho más detrás de esas palabras que lo que se ve a simple vista.

Tú sabes que no puedes pararte delante de un grupo y enseñar la Palabra de Dios con poder y eficacia sin haber pasado suficiente tiempo en la preparación; y no solo en la preparación de las notas y el material, sino en la preparación de tu vida y tu corazón.

A mí me encanta enseñar las Escrituras; para mí no hay nada que se compare a ver cómo la Palabra de Dios penetra y transforma las vidas. Pero el proceso de preparación de mis enseñanzas es intensivo.

Es una agonía determinar qué es lo que el Señor quiere que enseñe; me esfuerzo por encontrar los pasajes relacionados con el tema y para tratar de entender lo que las Escrituras realmente quieren decir. Y trabajo duro para poder recopilar el material de manera comprensible y reveladora para el oyente.

A lo largo de este proceso, le pido al Espíritu Santo que escudriñe mi propio corazón, que ilumine con la luz de su Palabra hasta el último rincón y que me muestre qué parte de mi vida disiente con la verdad que estoy a punto de proclamar. Antes de abrir mi boca para enseñar, paso tiempo en oración, clamo a Dios por una fresca unción de su Espíritu Santo en mi vida y mis labios, e intercedo por aquellos que escucharán el mensaje. Me siento como el atleta que está listo para correr una carrera importante, con cada uno de sus músculos tensos, totalmente concentrado en la carrera que tiene por delante.

Después, cuando estoy realmente enseñando, empleo más energía física, mental, emocional y espiritual. Estoy muy concentrada y nunca me desvío de mi meta; quiero que la verdad penetre en cada corazón; quiero que cada persona le diga que sí a todo lo que Él habla a su vida.

Cuando mi enseñanza termina, la batalla aún sigue; es entonces cuando a menudo el enemigo busca desanimarme

con sentimientos de incompetencia o me tienta a buscar la alabanza de los hombres por mi ministerio. Cuando todo termina, por lo general estoy totalmente agotada y necesito que mi espíritu sea renovado.

Por eso, cuando leo que Jesús comenzó ese día en particular enseñando en la sinagoga, sé que no se trataba de un esfuerzo casual de su parte. Las personas lo escucharon atentamente porque notaban que aquel mensaje no era el común y corriente que estaban acostumbrados a oír en el día de reposo. A diferencia de los predicadores que solían escuchar, Jesús habló con autoridad y poder. Nosotros sabemos que para que eso fuera posible, tuvo que haber pasado tiempo con su Padre celestial en preparación. Cuando Él ministraba, se gastaba por amor a otros.

El apóstol Pablo dijo: "Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas" (2 Co. 12:15). Esto es parte de lo que implica ministrar a otros, ya sea en una sinagoga, una clase de escuela dominical o una casa llena de niños.

Confrontaba a espíritus inmundos

Este era tan solo el comienzo de un día de Jesús; su labor ni siquiera estaba cerca de concluir. Aun antes de terminar su mensaje, hubo una interrupción en el servicio. Sigamos leyendo en Marcos 1:

"Pero había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, que dio voces, diciendo: ¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios. Pero Jesús le reprendió, diciendo: ¡Cállate, y sal de él! Y el espíritu inmundo, sacudiéndole con violencia, y clamando a gran voz, salió de él. Y todos se asombraron, de tal manera que discutían entre sí, diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen?" (Mr. 1:23-27).

Aquí vemos al Señor involucrado en una batalla entre el cielo y el infierno. Durante sus años de ministerio terrenal, a todo lugar donde Jesús iba, los demonios del infierno se manifestaban porque Él vivía, hablaba y ministraba en el poder y la autoridad de Dios.

Obviamente, este no fue un encuentro casual o distendido con el enemigo, sino una guerra total.

Ahora bien, yo nunca he reprendido a un demonio. Y en el curso de un día normal, es probable que ni tú ni yo tengamos un encuentro audible o visible con algún demonio. Pero la Palabra de Dios enseña que estamos en medio de una batalla contra “principados y potestades”; que en este mismo momento se está librando una batalla cósmica entre el cielo y el infierno. Y a veces, Dios nos envía justo al frente de esa batalla. Muchas de las personas que conocemos y tratamos a diario están en medio de una intensa batalla espiritual por sus almas, y por momentos quedamos atrapadas en medio de un fuego cruzado.

En el proceso de ser esposa, madre, hija, amiga, empleada, te encontrarás en medio de situaciones difíciles, agotadoras y exigentes, donde deberás estar alerta contra las artimañas de Satanás y calificada para usar la espada del Espíritu y resistir sus ataques. En estas situaciones, hay un desgaste natural para aquellos que son siervos de Dios. Jesús mismo experimentó esos momentos de intensa confrontación con los poderes de las tinieblas.

Como resultado de este encuentro con el hombre endemoniado, las Escrituras nos dicen que “muy pronto se difundió su fama por toda la provincia alrededor de Galilea” (v. 28). Trata de imaginar cómo debió de haberse complicado la vida de Jesús después de ese hecho. De repente, los habitantes de aquella región querían que fuera a predicar a sinagogas y banquetes; querían entrevistarle para sus publicaciones en la prensa local; querían que sanara a los enfermos y echara fuera a los demonios que había entre la población. Todos querían algo de Él. Más adelante, en este pasaje, vemos que finalmente llegó el tiempo cuando Jesús ni siquiera podía

quedarse en las ciudades, sino que tenía que buscar lugares apartados, tranquilos donde las multitudes no podían encontrarlo, a fin de poder tener tiempo a solas con su Padre.

Tal vez, hayas tenido la experiencia de ministrar a alguien necesitado, escuchar a una joven madre desanimada, colaborar en la clase de su hijo, preparar una comida para una familia que está en una grave emergencia, acompañar a jóvenes en un viaje misionero, ministrar al hijo adolescente de una amiga que le está causando problemas o darle consejos bíblicos a una mujer con un matrimonio en crisis. Es así como se corre la voz de que tú ayudas a quienes están en problemas; y de repente, tu teléfono no para de sonar con personas que quieren de tu tiempo y tu ayuda.

¡Todos necesitan de mí!

Pues bien, el servicio en la sinagoga finalmente terminó, y tenemos una sensación de alivio cuando leemos el siguiente versículo: “Al salir de la sinagoga, vinieron a casa de Simón y Andrés, con Jacobo y Juan” (v. 29).

¡Vaya! Jesús ha pasado horas dando y gastándose por otros. Finalmente, tiene la oportunidad de irse con sus amigos y apartarse de las personas necesitadas. Así que se va a su casa, descansa sus pies, abre un buen libro y se relaja, incluso tal vez tome una siesta. ¿Estoy en lo cierto? ¡No!

Sigue leyendo: “Y la suegra de Simón estaba acostada con fiebre; y en seguida le hablaron de ella” (v. 30). Finalmente, Jesús está fuera de la vista pública, nuevamente en el seguro refugio de la casa de un amigo, y también allí, alguien necesita de Él.

¿Te identificas en algo de todo esto como mujer? ¿Sientes a veces como si no hubiera tiempo ni lugar donde poder escapar totalmente de las demandas de los demás? Si no son los compañeros de trabajo, es tu esposo; si no es tu esposo, son tus hijos; si no son tus hijos, son los hijos de tu vecina; si no son los hijos de los demás, es tu suegra; si no es tu suegra, es...

Pero como era de esperar, aparece el corazón de siervo de Jesús, dispuesto a servir al necesitado: “Entonces él se acercó, y la tomó de la mano y la levantó; e inmediatamente le dejó la fiebre, y ella les servía” (v. 31).

Finalmente, Jesús puede cerrar la puerta y disponerse a pasar una noche tranquila con sus amigos... “¡Marta, ve y fíjate quién está llamando a la puerta!”.

“Cuando llegó la noche, luego que el sol se puso, le trajeron todos los que tenían enfermedades, y a los endemoniados; y toda la ciudad se agolpó a la puerta” (Mr. 1:32-33).

No sé cuántas personas fueron a ver a Jesús aquella noche, pero ¡a mí me parece que fueron muchas! Recuerda que sigue siendo el mismo día; aquella mañana Él comenzó temprano, estuvo enseñando, echando fuera demonios y sanando a los enfermos, y ahora toda la ciudad se ha agolpado a su puerta en busca de ayuda.

¿Te has sentido alguna vez como si toda la ciudad se hubiera agolpado a la puerta de tu casa? Tal vez sea a la puerta de tu baño, donde tan solo estés tratando de estar sola tres minutos sin tener que responder preguntas; pero alguien golpea a la puerta, suena el timbre de la calle, suena el teléfono o el minuterio del horno, tus tres hijos parecen como si fueran treinta y tres, sientes como si medio mundo estuviera enfermo, y todos necesitan de ti; todos al mismo tiempo. Entonces entras en pánico y dices: “¡No doy abasto con todo!”.

“Y sanó a muchos que estaban enfermos de diversas enfermedades, y echó fuera muchos demonios” (Mr. 1:34).

¿Cómo lo hacía Jesús?

Te preguntarás cómo lo hacía. ¿Cómo hacía para no volverse loco? ¿Cómo hacía para no perder el control? ¿Cómo hacía para atender las necesidades de tantas personas sin sufrir ninguna crisis nerviosa?

Sabemos que Jesús era Dios. Pero también era un hombre; y como tal se cansaba, tenía hambre, sabía cómo era que multitudes lo presionaran todo el tiempo, sabía cómo era que invadieran su privacidad. Pero seguía recibiendo bien a las personas. Seguía enseñando, sanando, confrontando los poderes del infierno; y nunca manifestaba un gesto de mal humor o impaciencia. ¿Cómo lo hacía?

Además, solo tenía tres años en esta tierra para llevar a cabo y consumir el plan eterno de redención. ¡Él sí tenía una larga “lista de cosas para hacer”! Sin embargo, nunca parecía apurado, molesto o abrumado por todo lo que tenía que hacer en el día. ¿Por qué no? ¿Cómo manejaba todo aquel estrés, y toda aquella presión y responsabilidad sin “perder el control”?

Creo que el versículo 35 nos da la clave; no solo para la vida de Jesús, sino también para tu vida y la mía, cualesquiera que sean nuestras responsabilidades y circunstancias específicas. Este versículo comienza: “Muy de madrugada...” (NVI).

No sé tú, pero después de tener un día tan largo y extenuante como el que acabamos de leer, sé exactamente qué quiero hacer bien temprano al día siguiente. ¡*Nada más que dormir!*

Ahora bien, no hay nada malo con dormir cuando nuestro cuerpo lo necesita. Pero Jesús sabía que a la mañana siguiente debía hacer algo mucho más esencial para él que dormir, aunque su cuerpo lo demandara. Se había entregado a un sinnúmero de personas necesitadas, y ahora Él mismo necesitaba una renovación de su espíritu. Sabía que eso nunca sucedería una vez que la multitud se despertara, por lo tanto, ¿qué hizo?

Muy de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, Jesús se levantó... ¡Se levantó! Las Escrituras dicen que Jesús fue tentado en todo, igual que nosotros; por lo tanto, no tengo dudas de que sintió la tentación de seguir durmiendo. Sin embargo, optó por decirle no a su cuerpo y sí a su Padre. Se levantó, y después “salió de la casa y se fue a un lugar solitario, donde se puso a orar” (v. 35, NVI).

Y a buenas horas lo hizo, porque no pasó mucho tiempo hasta que “le buscó Simón, y los que con él estaban; y hallándole, le dijeron: Todos te buscan” (vv. 36-37).

Sin embargo, después de haber estado en presencia de su Padre celestial, Jesús sabía exactamente cómo responder a las demandas del nuevo día: “Él les dijo: Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido” (v. 38).

¿Por qué fue tan crucial para el ministerio terrenal de Jesús entre nosotros esa cita matutina con su Padre?

Jesús sabía que todo poder o facultad que tenía para ministrar a otros se debía al hecho de ser “uno con el Padre”. Sabía que era esencial para Él estar en estrecha relación con su Padre, pues era su Fuente de vida, gozo, poder, paz y productividad. Sabía que tenía que estar en unión y comunión con su Padre para poder conocer y hacer su voluntad. No tenía ningún otro propósito en esta tierra que cumplirla. Por lo tanto, no tenía mayor prioridad que estar en constante comunión íntima con su Padre.

Para Jesús, el tiempo a solas con Dios no era una opción. No era algo agregado a su abultada agenda como si fuera un tema secundario. Era la línea de vida con el Padre. No era algo que pudiera obviar. Era la máxima prioridad de su vida; más importante que estar con sus discípulos, más importante que predicar el evangelio, más importante que pasar tiempo con su madre y sus hermanos, más importante que responder a las exigencias y necesidades de las multitudes, más importante que cualquier otra cosa.

El Evangelio de Lucas nos dice que “él se apartaba a lugares desiertos, y oraba” (Lc. 5:16). Este era el patrón de su vida. Allí es donde recibía cada día la “orden de marchar”. Allí es donde descubría la voluntad de Dios para su vida. Allí es donde era renovado y restaurado cuando había salido virtud de Él al ministrar a las multitudes. Allí es donde recibía las estrategias para batallar contra Satanás ¡y ganarle! Allí es donde se alejaba de la corrupción, la confusión y las voces de este mundo y recibía la habilidad de verlo desde el punto

de vista de Dios. Allí es donde recibía la gracia para amar al que es difícil amar, y poder para hacer lo imposible.

Y allí es precisamente donde tú y yo dejamos de ir y nos perdemos todo lo que Dios tiene para nosotras. A diferencia de Jesús, intentamos vivir la vida en nuestras propias fuerzas. Pensamos que podemos seguir dando sin recibir nuevas fuerzas. Entonces, cansadas y debilitadas por las exigencias de la vida y el ministerio, manifestamos impaciencia y molestia justamente con aquellos que Dios nos ha enviado a servir. En vez de manifestar un espíritu lleno de gracia, paz y gozo, somos mujeres nerviosas, irritables e histéricas; y en vez de recibir bien a las personas y las oportunidades que Dios nos presenta en nuestra vida, las resentimos.

¿Es posible realmente manifestar el mismo espíritu que Jesús cuando nos enfrentamos a las presiones? Todo depende de si estamos dispuestas a tomar las mismas decisiones que Él tomó y adoptar en nuestra vida la misma prioridad, que para Él fue número uno:

“Muy de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, Jesús se levantó, salió de la casa y se fue a un lugar solitario, donde se puso a orar” (Mr. 1:35, NVI).

REFLEXIÓN PERSONAL

1. Evalúa la cantidad y calidad de tiempo que habitualmente pasas a solas con Dios en la Palabra, la alabanza y la oración. ¿Cuáles de las siguientes oraciones describe mejor la condición actual de tu vida devocional personal?

_____ *Prácticamente no tengo vida devocional.*

_____ *Mi vida devocional es inconstante y esporádica.*

_____ *Dedico constantemente tiempo a la Palabra y la oración; pero*

a menudo siento que no lo hago en la forma debida. Mis devocionales son más una cuestión de deber que de deleite.

_____ *Me encuentro a solas con el Señor a diario y estoy cultivando una relación íntima y beneficiosa con Él por medio de la Palabra, la oración y la alabanza.*

2. Escribe tres o cuatro palabras que describan tu espíritu cuando tienes la agenda llena o cuando estás en medio de circunstancias estresantes (por ejemplo: sereno, ferviente, desesperado, irritable).

3. Basándonos en el relato que acabamos de estudiar en Marcos 1, escribe un párrafo corto que describa la manera en que Jesús respondía ante las presiones.

¿Cómo se explica la capacidad de Jesús de responder a las interrupciones, demandas y necesidades incesantes de aquellos que estaban a su alrededor?

4. Tómate unos breves minutos para orar y pedirle a Dios que te hable a través de este estudio. Pídele que te ayude a responder como Jesús ante las circunstancias de la vida. Pídele que te dé el profundo deseo de que tu relación con Él sea la prioridad más importante de tu vida.

□ □ □ UNAS PALABRAS DEL CORAZÓN DE □ □ □

Elisabeth Elliot

Lo necesitamos “a cada momento”. Si queremos ser constantes en nuestra forma de vivir y caminar, no podemos conformarnos con dirigirnos a Dios una que otra vez de manera casual. No hay manera de vivir la vida cristiana sin un gran esfuerzo, un compromiso fiel y una disciplina espiritual.

Yo misma soy el primer obstáculo que enfrento: mi pereza, mis preocupaciones, mis problemas, mi falta de concentración. Debo afrontar esto en las fuerzas del Señor. Pero yo soy la responsable de hacer lo que debo hacer. Él me ayudará, pero no me empujará físicamente a tener el devocional o a ponerme de rodillas.

Casadas o solteras, madres o no, debemos organizarnos para buscar el momento de estar a solas con Dios de manera regular. Debemos organizarnos. Y podemos hacerlo. “Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado” (Is. 50:7).

El tiempo devocional diario es una ofrenda a Dios de nuestra alabanza y de todo lo que el día pueda deparar. Para comenzar mi tiempo devocional, uso un himnario antiguo, el *Te Deum*. De esta manera, comienzo el día con alabanza, no con una lista de las cosas mezquinas que quiero para mí.

Después leo la Palabra y le pido al Espíritu Santo que hable a mi vida y mi corazón.

Canto y memorizo salmos e himnos. Trato de hacer de mí misma, de mis esperanzas y temores, de toda mi vida (circunstancias, obligaciones, trabajo, tristezas y alegrías, mi cuerpo) una ofrenda y sacrificio diario en acción de gracias.

A lo largo de todo el día, intercedo por una lista de personas y motivos de oración. Le pido a Dios que me enseñe a orar. Uso el Padre Nuestro y las oraciones de las Epístolas como ayuda. No hay excusas legítimas para dejar de orar; es

posible hacerlo incluso mientras se friegan ollas en la cocina de un monasterio, como hacía el hermano Lawrence.

A medida que pasan los años, soy más consciente de mi necesidad desesperada de Cristo. Quiero escucharlo, conocerlo y glorificar su nombre cada día más.

□ □ □

Elisabeth Elliot es una oradora y escritora muy querida. Su primer esposo Jim fue martirizado por los indios aucas cuando ambos eran jóvenes misioneros en Ecuador. Elisabeth tiene una hija, ocho nietos y cuatro nietastros, y actualmente está casada con Lars Gren.